

Cuando la normalidad se hubo restablecido, un billete de mil pesetas que ocupaba el centro de la mesa presidencial, se levantó. Ostentaba orgulloso el Palacio Real, grabado sobre su cuerpo de tintas azuladas, la voz abombada y presuntuosa, denunciaban su aristocrática alcurnia.

Hermanos —comenzó diciendo— no os he reunido hoy para urdir travesuras de azar o preguntar por algún compañero extraviado, asunto más grave es el que presento a la discusión de esta asamblea. Todos sabéis que hoy se cumple el plazo, durante el cual me es dado gobernar como monarca electivo del Reino Pecuniario, sabéis así mismo que es preciso elegir ésta misma noche el nuevo monarca a fin de que mañana la noticia de su elección pueda llegar hasta los más modestos bolsillos. Ahora bien, siguiendo la forma acostumbrada, se procederá a la discusión y votación de la clase social en que habrá de recaer el nombramiento y después ella nombrará el individuo que haya de ocupar la suprema dignidad.

Acto seguido, y sin dejar que nadie hablara prosiguió:

Varios periodos consecutivos ha venido vinculado el nombramiento, en la clase de los billetes. ¿Habrá de romperse ahora la costumbre? Espero que nó. Nosotros somos la aristocracia del dinero. paseamos nuestros cuadriláteros de papel, por los palacios, nos encontramos en carteras de finas pieles, nos transformamos en el hotel suntuoso, el lujoso automóvil, la joya fantástica. Alguna vez entramos en los dominios del juego, pero nunca encanallados, siempre distinguidos, cruzando el tapete verde, sumisos a los mandatos de la bolita de marfil, (dueña y señora del azar) entre la indiferencia de nuestros dueños.

¿Y qué otra cosa es la soberanía más que eso? ¿En qué se distingue el soberano del súbdito, sino en que el primero tiene todo el poder y la majestad que le proporcionan los medios materiales del Estado, y el segundo sólo lo que individualmente se pueda procurar?

Y después de algunas otras razones encaminadas a cerrar su discurso, pronunció el «he dicho» de rigor y un silencio sepulcral se extendió sobre la concurrencia.

Pido la palabra.

La que acababa de hablar era una onza de oro cuyo cuerpo antes bruñido y reluciente, ostentaba ahora el amarillo mate que los años pusieran sobre ella.

No puedo reconocer en manera alguna la solidez de los argumentos que el Sr. Billete de a mil acaba de exponer.

La costumbre ¿Y por qué hemos de atenernos a una costumbre estúpida si se reconoce que lo es?

La Grandeza, la Opulencia, vanas palabras, tambores que suenan mucho pero están vacíos por dentro, fuegos fátuos que deslumbran un momento la vista para hundirse en la nada definitivamente.

¿Qué sabéis vosotros, pobres advenedizos, producto de la vida moderna, que no tenéis más que un valor puramente convencional?

Pensad un momento que el fuego prendiera en vuestros endebles cuerpos. ¿Qué quedaría de vuestra grandeza?

Miradme. Yo he visto pasar varios siglos, mi ascendencia se remonta a edades antiquísimas, desde el *aes romano* hasta las modernas monedas de oro han pasado varias civilizaciones, la experiencia adquirida por nuestros antepasados se nos ha transmitido de generación en generación. Y en verdad os digo que jamás se fundó duraderamente la soberanía sobre el poder material, Roma, Cartago, Babilonia podrán hablaros de ello con sus mudos despojos que el tiempo se encargará de sepultar....

Durante mi larga vida he sido dueño siempre de los secretos del hombre; crímenes, traiciones, usurpaciones.... en todas he jugado un papel esencial cuando no se hicieron exclusivamente por mí.

Por eso en mí encarna la sabiduría matizada con mi gran experiencia.

Además; cualquiera de los aquí presentes podrá envanecerse de su origen menos vosotros. Los metales al fin procedemos de la madre tierra que nos guardó cuidadosa hasta que el hombre desgarró sus entrañas para sacarnos al exterior. Pero ¿quién podrá jactarse de ser hijo de una informe mezcla artificial de potingues y trapos?

¡Hermanos! —prosiguió dirigiéndose al resto del auditorio— ¡Nombradme a mí! ¡Nombrad a otro! pero no reelijáis a quien os aplaste bajo su presuntuoso poderío de papel de algodón.

Una ovación ensordecedora interrumpió a la moneda, en tanto que los billetes corridos abandonaban la mesa presidencial y desaparecían.

Elegido que fué el oro, y dentro de él la onza como reina, ésta ocupó la presidencia y tomando nuevamente la palabra dijo:

Mucho os agradezco la distinción que acabais de hacerme, pero no correspondería yo dignamente a ella si no procurara formar de entre vosotros un consejo que me ayude y complete en el difícil arte de gobernar. Y para ello quiero que se proceda ahora mismo al nombramiento de los miembros que lo han de componer.

Si os parece bien no podrá quedar fuera de él la Peseta; en efecto ¿quién más conocedora que ella de las condiciones de la moderna sociedad? Es la unidad monetaria, la que más rápidamente circula, para ella no está vedado ningún paso, hoy está en el bolsillo de un pobre, mañana en el de un rico, pasado en las arcas del Estado. Demócrata por excelencia no reconoce límites sociales, del patrono pasa al obrero, del aristócrata al criado....

¡Venid conmigo sabias monedas! ¡Ayudadme a manejar al pesado timón del Estado!

Tres o cuatro pesetas se destacaron del grupo general y fueron al sitio que ocupaba la onza.

Entonces ésta, fijando como por azar la vista sobre unas modestas monedas de cobre que escondían sus negros cuerpecillos en un rincón, les dijo:

¡Y vosotras pobres monedas que jamás se os tuvo en la estima que mereceis! Venid también que no sois menos dignas de ocupar un puesto en mi consejo. ¿Quién si no vosotras acude en remedio del menesteroso? no podréis ostentar grandezas, no tendréis gran sabiduría, pero no dejará de serme útil vuestro dictamen para practicar la beneficencia del Estado que es la más útil y obligatoria de las beneficencias.

Y ahora, dijo dirigiéndose a la asamblea en pleno, ¿quién se atrevería a criticar un gobierno que posee la sabiduría, la experiencia, el conocimiento del pueblo que tiene que dirigir y un gran sentido para combatir la miseria y la necesidad?

Una tras otra sonaron dos campanadas que tuvieron la virtud de hacer desaparecer toda la encantada visión.

Mis ojos se abrieron nuevamente sobre el libro, cuyas cifras bailaban en el blanco papel por efecto del sueño mío.

Rápidamente me volví hacia la caja. Estaba en su lugar ostentando su plumizo barniz y sus cierres herméticos como siempre.

¡Ja ja ja. . . ! todo ha sido un sueño ¡maldito sea!

Y esto que ha de estar para mañana.

Pesadamente reanudé las adiciones; ochenta y seis y cinco noventa y una, y dos noventa y tres . . .